



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12249

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

VIERNES 12 DE SEPTIEMBRE DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Cassini 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

El Sr. Obispo

El telégrafo, con su terrible laconismo, nos comunicó ayer en las primeras horas de la tarde, la triste noticia de que el que en vida fué sacerdote modelo, obispo venerable, celosísimo y queridísimo Pastor de esta Diócesis de Cartagena, el Excmo. é Ilmo. Sr. doctor don Tomás Bryan y Livermoore, había dejado de existir, víctima de rapidísima enfermedad, en Albacete, donde se encontraba en el desempeño de sus funciones episcopales.

La Diócesis de Cartagena que cuenta entre sus Pastores a ilustres Purpurados y eminencias indiscutibles, acaba de perder con la muerte de su Prelado otro más de los que con su talento y virtudes contribuyeron á que esta Diócesis no declinara de la altura en que se colocó desde los primeros siglos de la Iglesia.

El Excmo. Sr. Bryan fué presentado para esta Diócesis el 28 de Abril de 1884, preconizado el 10 de Noviembre del mismo año y consagrado el 25 de Enero de 1885; habiendo tomado posesión el 5 de Febrero; ha durado, por consiguiente su pontificado 17 años; durante todos ellos rigió con envidiable acierto los destinos de la Iglesia de Cartagena, y fué tan celoso y tan amante de sus Diocesanos, que su recuerdo jamás se borrará de nuestra memoria.

Estudió el latín y las humanidades en el colegio de Santa María, cerca de Birmingham en Inglaterra, bajo la dirección del célebre cardenal Wissemann. Más tarde cur-

so en la Escuela Central de París donde obtuvo el diploma de ingeniero civil y se graduó en Filosofía en la Universidad Central de Madrid. Después de ser sacerdote ingresó en la Academia Pontificia de Nobles Eclesiásticos de Roma, estudiando la Teología en la célebre Universidad Gregoriana, donde recibió el grado de doctor.

Ajornado de grandes prendas de carácter, cuantos tuvieron la satisfacción de besar su anillo vieron en él más que al hombre elevado, al Pastor cariñoso desvelado incesantemente por el bienestar de sus hijos. Practicó todas las virtudes, y de una manera eminente la caridad, de la que fué Apóstol infatigable. Su dotación íntegra era destinada á socorrer desgracias y á enjugar lágrimas. En justa distinción á su celo Apostólico durante la epidemia cólica de 1885, fué condecorado con la cruz de Beneficencia de primera clase.

Inició con verdadero interés en su Diócesis cuanto su celo apostólico le sugiriera, celebrando dos concursos á curatos, para lo que tuvo que vencer innumerables obstáculos; organizando las conferencias teológico-morales para el clero; formalizando estatutos para la Santa Iglesia Catedral y para el Seminario; dando, en suma, impulso poderoso con su celo á las obras benéficas moralizadoras del pueblo como Círculos Católicos, Conferencias de San Vicente, Escuelas Dominicales, etc.

Ha publicado una serie de Pastorales que por sí solas bastan para acreditarle como sabio; sus Pastorales sobre «El libre pensamiento», «El liberalismo», «La libertad de enseñanza y el ateísmo político», son documentos que le harán pasar á la posteridad, lleno de in-

mortalidad y de gloria. De estas Pastorales, alguna como «El Liberalismo», se ha traducido á todos los idiomas del mundo.

El Sr. D. Pedro Díaz Cassou en su obra «Serie de los Obispos de Cartagena», transcribe una frase de uno de nuestros grandes hombres que dice: «Cuando se lee al Obispo Bryan se piensa que es un sabio; cuando se le oye, que es un gentleman; cuando se le trata que es el hombre más bueno del mundo.»

El Ilmo. Sr. Bryan era además, Prelado doméstico de Su Santidad, Caballero de la Institución Orden militar de San Juan de Jerusalem y Condecorado con la gran cruz de Isabel la Católica.

¡Descanse en paz el venerable Prelado, gloria de la Iglesia de Cartagena y honra y prez del esclarecido Episcopado Español!

S. Rodríguez Lario.
Presbítero.

TIJERETAZOS

Las autoridades de la Martinica siguen estudiando las medidas que se deben tomar para aliviar la triste situación de aquellos habitantes.

No hay más que dos caminos. Quitarlos de enmedio ó bajarle los humos al volcán.

Leemos: «En Valencia, mientras se discutía ayer el presupuesto en la Junta municipal de asociados, se oyó fuera del salón ruido de botifardas.»

¿Y qué era? Un periodista que disenta con un concejal á puñetazos.

Por cierto que al público le extrañó el suceso, porque en la orden del día no figuraba semejante pelen.

Dicen de Viena que se ha publicado un

decreto imperial disolviendo las dietas de la alta y baja Austria.

¡Disolver la dieta! Cualquiera día oímos decir que un sabio de la clase de misántropos ha logrado condensar la sombra.

Al Sr. Romero Robledo se le achaca la siguiente frase:

«Es necesario en cuanto surja la crisis echar todo el agua al molino en favor de un gobierno de concentración.»

Como le cojera aquí la crisis al Sr. Romero, se quedaba el molino sin dar una vuelta.

Es decir, sinó sacaba las aguas del mar.

Hablando un periódico de la anunciada y no celebrada sublevación carlista, dice:

«La tranquilidad es completa en toda la Península y sea porque, en efecto, se trata de agiotistas que á última hora han retrocedido al ver descubierta su jugada, sea que la especie fuera una de tantas echada á volar para entretenimiento de desocupados, ello es que nos hemos ahorrado esa vergüenza.»

Pero no la plancha.

Porque si todo lo que ha pasado era buena, resulta una tomadura de pelo de marca mayor, especialmente para la policía.

Felicitemos porque no ha habido nada, mas corramos un velo.

Leemos: «En Santander, el ayuntamiento se ha pronunciado contra una orden del gobernador, mandando cerrar las tabernas á las diez de la noche.»

La indignación es explicable, sabiendo que el alcalde es Perico San Martín.

Y que Perico San Martín es... un tabernero.»

Vamos, ya. Ahora me explico la procedencia de la orden.

Como no la daba el alcalde, la dió el gobernador.

Y ha resultado un conflicto de autoridades bajo el cual palpita una cuestión de interés.

¡Córcholis cómo va desbancando á don Quijote el ganapán de Sancho!

D. MIGUEL DE UNAMUNO

Su discurso en los juegos florales de Cartagena, y su obra «Amor y Pedagogía.»

IV

Dejamos al señor Unamuno en el último artículo, diciendo que así como después de beneficiar los escoriales romanos, hallaron los cartagineses los ricos y nuevos filones, de igual modo removiendo las cenizas y los escombros acumulados, busquemos el alma popular que nos enañe á españolizarnos.

En su constante, su continua, su perseveradora idea, el hombre, la patria, la educación que hace al hombre libre y á la patria la engrandeca. Será una obsesión, será tal vez una neurastenia especial, pero la tiene tan arraigada en su alma, le domina de tal manera, le atru con tal fuerza, que ni un momento de su vida le deja, ni él jamás consiente en apartar su imaginación un instante de ese ideal que persigue.

La prueba más evidente nos la dió al final de su elocuente discurso; tenía que decirle algo á la Reina de la fiesta: debía saludarla como representación de la poesía, de la hermosura, de la idealidad; debía decirle algo como mujer, y Unamuno que no sabe decir nada que no sea sólido, que no encierre un pensamiento profundo, se dirige á la hermosa Reina y á su bellísima corte y les dice que, la mujer ha de ser la más fiel guardadora del alma patria, cogidos á mano de mujer aprendimos á dar nuestros primeros pasos, y cogidos á mano de mujer entramos en la vida del trabajo y la familia.

Píense por lo tanto la mujer, que tiene una alta representación en la sociedad, cual es la de formar al hombre y sostener en él el alma patria.

En este certamen, dice, se reina por un momento, allí en el hogar, se reina y se gobierna. Eso debe pensar la mujer; al gobernar debe hacer que á la vez que el cariño brote en el corazón del hombre para su familia y su semejante, el cariño á la patria que es la familia grande.

Y ahora después de haber molestado tanto á nuestros lectores por lo árido del asunto, nos preguntamos ¿porqué se ha discutido tanto este discurso?



Probad los Cognacs de HENRI GARNIER y C.^a



BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 10

quien «naturalmente» no la comprendía. Pero, le estimaba... le aguantaba; y como era una mujer muy honesta y de un temperamento muy frío, en toda su vida ni siquiera una sola vez había puesto el pensamiento en otro «objeto». Agréguese que estaba absorbida por completo en un principio por los cuidados de su propia salud, que en efecto era dedicada; después, por los ataques de su marido, que le inspiraban algo así como un terror supersticioso; y á la postre, por su único hijo, Miguelito («Micha»), á quien educaba ella sola con extremado celo. Su marido le dejaba libre para ocuparse de Micha, pero con la expresa condición de no traspasar nunca y con ningún pretexto, los límites, prefijados de una vez para siempre, dentro de los cuales había de realizarse todo en su casa.

Vaya un ejemplo, entre otros muchos: por Navidades y Año Nuevo tenía Micha permiso para disfrazarse con los criaditos; mejor dicho, era una cosa que llegó á ser obligatoria. En el resto del año, ni pensar: ¡habiera tenido que ver!



VINO al mundo (recuerdo la fecha, era en 1828; en los dominios patrimoniales de su padre, en un rincón extraviado de uno de los más remotos gobiernos de la región de las estepas. Me acuerdo de su padre como si estuviese aquí: era un verdadero hijo de algo campesino, de verdad, de rancio abolengo, un hombre piadoso, con algo de empaque, bastante instruido para su época, un poco corto de alcanos, para

II



ME acuerdo de cuando Micha tenía trece años. Era un gentilísimo doncel de sonrosadas mejillas, labios carnositos (toda su persona era carnosa y regordeta), ojos húmedos y casi á flor de la cara, pulcramente peinado y pulido, cariñoso, tímido—¡caramba, una verdadera señorita!—Una sola cosa me disgustaba en él: reíaase muy poco, pero cuando se reía enseñaba desagradablemente una dentadura